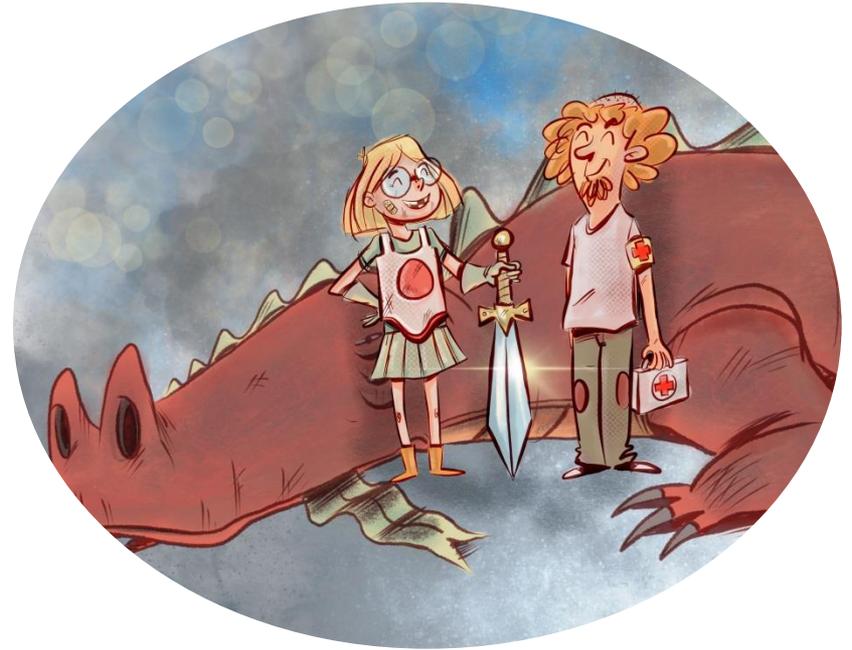


Jordina, Jordi y el Dragón



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: David Carretero

Todo el mundo recuerda el día que Jordina entró por la puerta del hospital. No parecía mucha cosa, pero en su mirada se notaba que era una chica valiente. La primera vez que la vi me sorprendió que llevara medio hombro chamuscado y rasguños por todo el cuerpo. Pero Jordina no se quejó ni lloriqueó como seguramente habría hecho yo. Ella dejó que la curaran, y tan solo pidió que no se entretuvieran mucho, porque tenía mucha prisa. Pero las heridas de las quemaduras no se curan con prisas, así que, una vez le curaron todas las heridas, la dejaron marchar con la condición de que alguien tenía que pasar por su casa a hacerle unas curas diarias. Jordina aceptó, y el encargado de hacer aquellas visitas fui yo.

La primera vez que me presenté en su casa, en lugar de encontrarla en la cama, me sorprendió verla realizando ejercicios con la espada en medio del comedor.

- ¿Quién eres tú? - Me preguntó cuando me vio.

- Me llamo Jordi, y soy tu enfermero - Respondí intentando disimular mis nervios. - He venido a realizarte los cuidados.

- Pues hazlo rápido que tengo mucha prisa - Volvió a repetir Jordina. Y dicho aquello, se sentó en una silla y dejó que le quitara los vendajes.

A lo largo de varias tardes repetimos aquel ritual. Yo llegaba a su casa, me encontraba a Jordina practicando con la espada, le cambiaba los vendajes y ella siempre me decía lo mismo: "hazlo rápido que tengo mucha prisa". ¿Pero qué prisa podía tener esa chica? Qué era aquello tan misterioso que tanto la ocupaba que no podía ni esperar a recuperarse.

Tenía tanta curiosidad que estaba decidido a preguntarle. En la próxima visita le pediría donde tenía que ir, pero cuando llegué a casa, me encontré a Jordina tendida en el suelo con las heridas nuevamente abiertas y más chamuscada que nunca.

-¿Se puede saber qué te ha pasado? - pregunté asustado mientras me apresuré a curarla.

Pero la chica apenas tuvo fuerzas para decir: "Hazlo rápido que tengo mucha prisa". Y luego se desmayó.

Ese día, y los siguientes, me los pasé junto a Jordina. Las heridas eran delicadas pero ella era una chica fuerte y enseguida se volvió a recuperar. Tan pronto se vio con fuerzas, la chica se levantó, cogió la espada y volvió a practicar con aquellos ejercicios en el comedor con más rabia que nunca.

-Pero, ¿qué haces?¿Que te has vuelto loca? -Le dije cuando la vi haciendo volar la espada. -Todavía estás muy débil para hacer estas cosas.



-Pues cúrame deprisa porque no puedo esperar.- Me respondió. Pero yo ya tenía suficiente de aquella cantinela, así que esta vez encontré el valor para encarar e a ella y, quitándole la espada de las manos, le pregunté:

- ¿Se puede saber dónde tienes que ir que no puedes esperar a estar en buenas condiciones?

Entonces Jordina me dirigió una mirada cansada y dijo:

-¡Tengo que ir a matar un dragón!

Aquello si que no me lo esperaba, y menos aún todo lo que Jordina me contó después. Con los ojos llorosos, me dijo que ella vivía en un pueblo cerca de las montañas donde hacía tiempo se había instalado un dragón. Al principio la gente del pueblo lo recibió con alegría, lo visitaban, le llevaban parte de las cosechas y el dragón siempre lo agradecía haciendo alguna exhibición divertida echando chispas. A los niños y niñas les gustaba y, confiados, iban a verlo a menudo para que los distrajera. Pero un buen día, aquel dragón que había hecho pensar a todo el mundo que era amable, sacó la verdadera maldad que llevaba dentro y comenzó a chamuscar a todo el mundo. A partir de ese instante, el dragón decidió que quería que la gente del pueblo le entregara cada semana una chica para comérsela, si no querían que les quemara las casas y los campos. Jordina fue la primera seleccionada, y juró que no permitiría que aquel dragón se la zampara. Por ello, cada final de semana se presentaba en la cueva y luchaba con el animal dispuesta a matarlo. Pero por más que lo intentaba, aun no lo había conseguido. Aquel dragón era enorme, casi diez veces como ella, y a pesar de que Jordina era hábil con la espada, no conseguía vencerlo.

-¡Yo te ayudaré! -Dije pegando un bote, cuando terminó de contar su historia.

Jordina me miró sorprendida, pero más lo estaba yo que no sabía de dónde caramba había sacado el arretrato para hacer ese ofrecimiento. Lo cierto es que siempre había sido un chico más bien miedoso y era un enfermero que no sabía nada de espadas. Pero la tozudez y tenacidad de Jordina me conmovieron, y me dispuse a elaborar un plan para acabar con aquel animal. ¿Pero cuál?

Aún faltaban dos días para que llegara el momento en que Jordina debía presentarse ante el dragón, y yo me los pasé pensando y repensando cómo podía vencer aquel animal. Intenté aprender a luchar con la espada, pero no lo conseguía. Recordé ungüentos y medicinas con las que podría provocarle mareos, pero en ningún lugar encontraríamos suficiente cantidad como para hacer caer a un dragón; pensé también en maneras de tapiar la entrada de la cueva, pero seguro que a la que pusiéramos la primera piedra nos aplastaría... Pensé de todo hasta que de repente vi la solución enfrente de mí.

Había llegado el día de presentarse a la cueva, y mientras miraba por la ventana, vi unas nubes negras que se extendían más allá del cielo. ¡Exacto! Aquella era la solución. Solo teníamos que esperar a que lloviera para que el agua apagara el fuego del dragón y Jordina pudiera avanzar segura hasta clavarle la espada en medio del corazón.

Cuando llegó la hora de partir, realicé el último cuidado a Jordina, la vendé tan bien como pude para protegerle bien las heridas, y caminamos hasta la cueva. Unas chispas de fuego rebotando por la piedra nos hicieron saber que el dragón nos esperaba, y casi arranco a correr, pero la mirada valiente de Jordina, que a pesar de las heridas y el dolor conseguía sacar fuerzas para volver a enfrentarse a aquel monstruo, me dieron coraje.

- ¡Estoy aquí! -gritó la chica plantada en la entrada de la cueva.

Enseguida sentimos el temblor de la tierra y entendimos que eran los pasos del dragón.

- Veo que no te rindes nunca. Lo que no entiendo es porque te empeñas en luchar si sabes que volveré a vencerte.
- Dijo el dragón.

Pero Jordina no tenía intención de rendirse, y todo lo que hizo fue esconderse entre los árboles.

- No te escondas, ven a luchar - Dijo el dragón enfadado.

No le gustaba que Jordina se escondiera entre la espesura del bosque. Él era tan grande que no podía distinguirla entre tanta hojarasca. Pero Jordina necesitaba ganar tiempo hasta que lloviera. Las nubes negras lo cubrían todo, pero no caía ni una triste gota.

- Sal, si eres tan valiente como dices. Ven y volveremos a luchar.

De repente, un rayo anunció la tormenta. El dragón entendió que debía atacar antes de que lloviera, y atreverse a avanzar hasta los árboles.

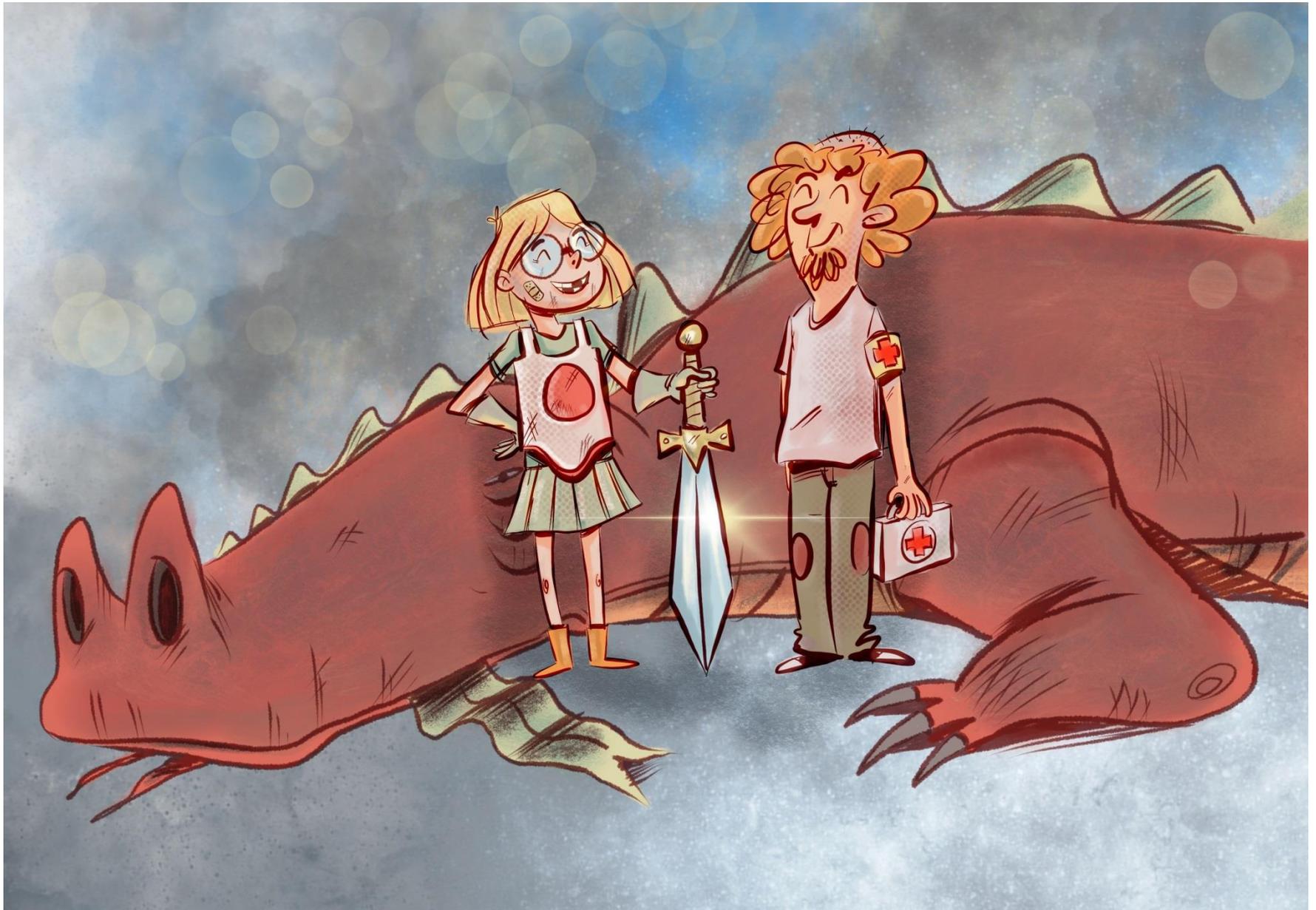
-¡Eh, no ha venido sola! – Grité a la vez que salía de mi escondite. - Primero tendrás que ganarme a mí si quieres comértela.

Y dicho aquello empecé a correr arriba y abajo para distraer aquel animal y que me siguiera con la mirada. No penséis que aquello era una estrategia elaborada y pensada para acabar con el dragón, más bien era fruto de los nervios y el miedo que me sacudían el cuerpo y me hacían correr como un enloquecido por todas partes. Pero funcionó, y al cabo de pocos segundos cayó una gota, y luego otra, y otra, hasta que el cielo soltó un aguacero que hacía difícil poder ver a través de esa cortina de agua. El dragón, enfurecido, soltó una llamarada que inmediatamente quedó apagada. Había llegado el momento y Jordina aprovechó el desconcierto del animal, para acercarse a su barriga y...

De lo que pasó después no me acuerdo. Sé que caí desmayado y cuando abrí los ojos Jordina me secaba el rostro con uno de sus vendajes.

-Venga valiente, despierta que ya ha acabado todo.

Cuando por fin pude incorporarme, vi el dragón tendido en el suelo con la espada clavada en el corazón, y Jordina no tenía ni un solo rasguño.



- ¡Lo has conseguido! -Dije observando con admiración aquella chica.

- No lo habría hecho sin tu ayuda. - Añadió ella.

En ese momento sé que pensé que quizás la chica tenía razón, quizá sí que yo también había hecho algo, pero todo lo que sé es que la noticia corrió y todo el mundo empezó a hablar de que un tal Jordi había derrotado el dragón. Pocos supieron que en realidad la había matado Jordina, pero de aquella chica yo aprendí algo que no olvidaría nunca. A veces los dragones quizás no los vencemos a la primera, pero si no nos rendimos y seguimos esforzándonos, finalmente conseguiremos derrotarlos. Así, o encontrando alguien por el camino dispuesto a ayudarnos. Entonces sí que las cosas pueden ser más fáciles, aunque la ayuda provenga de un enfermero alfeñique y miedoso como yo, que todo lo que hice fue cuidar de la chica que tenía que matar el dragón.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital